

Visitantes extranjeros de Córdoba.

Siglos XV al XIX

Discurso de apertura del curso académico 1986/87

Por Joaquín MORENO MANZANO

Ilmos. Señores Académicos, Señoras y Señores:

Correspondiéndome por Estatutos pronunciar el discurso de apertura del curso académico 1986/87, he creído de interés realizarlo sobre una síntesis de las publicaciones de amplia difusión internacional, realizadas por autores extranjeros que nos visitaron en el período comprendido entre los siglos XV y XIX.

Pretendemos con ello una doble finalidad: conocer el origen de nuestra imagen exterior y utilizar esta fuente documental, en ocasiones única, como testimonio de nuestras costumbres y acervo monumental.

En su estudio hemos seguido –en lo posible– el concepto matemático de las series, esto es, se ha desechado lo manifiestamente erróneo y aceptado lo similar entre ellos, respetando sus diversas matizaciones.

De esta manera, lo expuesto por personas de diferentes épocas, credos religiosos e ideales políticos, tiene un valor –resulte grato o enojoso– que responde a un claro deseo de información política, militar, religiosa, o simplemente al fruto de su carácter observador.

Antes de entrar en materia, recordemos que hace más de dos mil años Estrabón, el griego romanizado, así como otros autores clásicos, ya escribieron sobre Córdoba y los cordobeses. Sus remotos aborígenes, los turdetanos, dice este historiador, poseían gramática, escritos de antigua memoria, leyes en versos, etc. Su riqueza minera, agrícola y ganadera es proverbial.

Esta tradición histórica ha podido empezar a ser comprobada a través de los trabajos arqueológicos iniciados en 1966 por los señores Bernier y Fortea, con el descubrimiento de cerámicas «bruñidas, orientales, griegas e ibéricas correspondientes al primer milenio a. J. C.».

Un estudio estatigráfico posterior realizado por los profesores Luzón y Ruiz Mata, confirmaron la existencia –al menos trimilenaria– de Córdoba (1).

Finalmente, las excavaciones y prospecciones efectuadas por el profesor Marcos Pous entre 1973 y 1977, permitieron establecer definitivamente que la ciudad prerromana se «hallaba sobre una colina alargada junto a la ribera derecha del Guadalquivir, al Suroeste de la actual», sobre una superficie de

(1) José M.^a Luzón y Diego Ruiz Mata: *Las raíces de Córdoba*, Córdoba, Patronato José M.^a Quadrado, 1973.

unos «300.000 m²». Su extensión permite considerarla como «la mayor ciudad protohistórica conocida de la Península Ibérica».

Posiblemente la universalidad de su nombre tenga su origen en la riqueza derivada de su actividad industrial «dedicada al laboreo del cobre, que exportaba por el río hacia el Mediterráneo a través del comercio púnico». La metalurgia y su comercio es pues la actividad que da origen a la ciudad, por lo menos a comienzos del primer milenio antes de Cristo (2).

El agotamiento de sus filones —principalmente cupríferos— determinaron el cese de esta actividad milenaria, pero otros factores de su riqueza marcarán universalmente a la ciudad: la cultura, la agricultura y la ganadería.

La cultura

En la mente de nuestros visitantes parece apreciarse la vivencia del pasado. Claudio Marcelo, los Séneca, Sextilius Ena, Osio, el esplendor califal, Juan de Mena, Gonzalo de Córdoba, Ambrosio de Morales, Pablo de Céspedes, Góngora... y buscar ansiosamente al recorrer la ciudad el porqué de tan prolíficos hijos. Es la huella universal de su cultura ahora desaparecida, que no se acierta a comprender. El frío informe del espía napoleónico Laborde es desolador: «Poco se han cuidado los medios que facilitan el estudio de las ciencias y el consagrarse al cultivo de las letras en Andalucía. Córdoba no tiene ningún establecimiento que pueda contribuir a ello. Los establecimientos para las artes son un poco más numerosos, hay escuela de dibujo en Córdoba» (3).

La agricultura

Tradicionalmente es reconocida la exuberancia de la tierra y la bondad de sus cultivos, pero lo que llama poderosamente la atención en Córdoba y sus alrededores son sus jardines y sus jardines-huertos. Las referencias son numerosas: «los alrededores de la ciudad son deliciosos jardines de naranjos y limoneros» (4); «la ciudad está dominada por la cordillera de Sierra Morena, sobre cuya pendiente se encuentran jardines muy agradables, viñas, bosques de naranjos, de limoneros, de olivos y de árboles frutales» (5); «las montañas que delimitan al Norte esta ciudad hasta una cierta elevación, y los numerosos valles que ellas encierran, están mucho mejor cultivados que la llanura; están cubiertos de vides, de huertos, de naranjales y limoneros y adornados de toda clase de frutales» (6); «el camino a Valparaíso y a las Ermitas sube por entre jardines» (7). Los patios de las casas cordobesas son jardines. La admiración de nuestros visitantes es manifiesta.

(2) Alejandro Marcos Pous y Ana M.^a Vicent Zaragoza: *Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas*, Madrid, Dirección General de Bellas Artes y Archivos, Instituto «Fernando el Católico» (6.516), 1985, p. 245.

(3) Manuel Bernal Rodríguez: *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX. Laborde*, Biblioteca de la Cultura Andaluza, 1985, pp. 51-52.

(4) J. García Mercadal: *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Anónimo*, Aguilar, 1765, tomo III, p. 528.

(5) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. E. F. Lantier, tomo III, p. 1.276.

(6) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX. Laborde*, p. 43.

(7) Richard Ford: *Manual para viajeros por Andalucía y lectores en casa*, Turner, p. 317.

La ganadería

Con independencia de otras especies, el caballo es su más claro exponente.

Los caballos

Las referencias a los caballos cordobeses son constantes. Se los califica como los más hermosos de España, llegándose a considerar que la ciudad es «célebre por sus caballos» (8).

La yeguada real y los potros están en Alcolea, a «donde van en mayo los sementales del rey desde Córdoba para la monta». En 1668 se calcula en 400 las yeguas (9) y en fecha posterior aparece mencionado este «gran establo» con el nombre de «La Regalada» (10). Monseñor Camilo Borghese habla de ella en su visita de 1594, como «la casa de las yeguas del Rey» (11). Fue el principal «criadero de caballos andaluces hasta que los franceses se llevaron los mejores sementales y yeguas» durante la guerra de la Independencia (12).

De características históricas probablemente únicas, es la gran caballeriza cordobesa conocida hoy como Caballerizas Reales. Su construcción se atribuye a «Juan de Mingares en 1584, para sementales reales» (13), conociéndosele una capacidad para más de «200 caballos» en 1672 (14). Recordemos que si bien hay una cuadra principal, ésta no es única y por consiguiente, el número de caballos sementales puede oscilar, como de hecho ocurre, en diferentes apreciaciones.

En el siglo XVII el edificio está rodeado de galerías para el ejercicio de picadero, siendo las logias estrechas y empedradas.

Curiosa es la narración de la visita de Cosme de Médicis en 1668 a estas caballerizas. Dice así: «Se presentó igualmente a los pies de S.A. Antonio Oieda, Caballerizo cabalgante, hombre envejecido al servicio del rey difunto. Montó tres caballos sin ferreruero, que es la distinción que se hace cuando cabalga ante personas reales y del Caballerizo Mayor». «Muchos caballos fueron montados por el Caballerizo y sus muchachos y ciertamente fue cosa digna de admiración el ver maniobrar algunos en la crujía del establo que estaba empedrada» (15). La existencia del actual picadero parece constatarse ya en 1700 (16). Al menos, en idéntica ubicación (17).

(8) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Jacobo Sobieski, t. II, p. 330.

(9) Antonio Guzmán Reina: «Córdoba en el viaje de Cosme de Médicis», *Boletín de la Real Academia de Córdoba*, 64, p. 107.

(10) Richard Ford: *op. cit.*, p. 318.

(11) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Monseñor Camilo Borghese, t. I, p. 1.483.

(12) Richard Ford: *op. cit.*, p. 310.

(13) Richard Ford: *op. cit.*, p. 310.

(14) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. A. Jouvin, t. II, p. 821.

(15) Antonio Guzmán Reina: *art. cit.*, p. 113.

(16) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Anónimo, t. III, p. 96.

(17) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. J. F. Peyron, t. III, p. 814.

Caballos particulares

Todo hombre acomodado tiene un caballo de silla y lo monta una hora a dos diariamente (18). La nobleza rica es aficionada a la vida de campo y su orgullo es tener buenos caballos. Hay fincas «donde se crían de trescientos a quinientos caballos» (19).

Dice Bertaut en 1659: «Vimos un caballo viejo, estropeado desde hacía dos años, pero que no dejaban de darle de comer por generosidad, a causa de los buenos servicios que había rendido» (20). Nosotros, más pragmáticos, pensamos: generosidad, no; dignidad del señorío cordobés.

Muley Ismael, en 1690, refiere un hecho tan irreal —en cuanto conocemos— como curioso. «Para conservar la raza, el monarca español, dice, prohíbe hacer allí cubrir las yeguas por burros, y un severo castigo espera al que contraviene esa prohibición; sus bienes serían confiscados o bien sería encarcelado o sufrir otra pena» (21).

La ciudad

Se aprecia en general una desilusión en sus visitantes, manifestada en las siguientes frases: «No conserva de su antigua grandeza mas que un vastísimo recinto» (22); «se ve enseguida... es ahora un pobre pueblo beocio» (23); «fue centro de luz» (24); «famosa y antigua patria del Gran Capitán» (25). Theophile Gautier, en 1840, llora así su desencanto: «Córdoba es una ciudad muerta, un osario de casas, una catacumba a cielo abierto sobre la que el abandono tamiza su polvo blancuzco. Los escasos habitantes que se dejan ver en las revueltas de las callejuelas, tienen el aspecto de apariciones que se han equivocado de hora [...] Córdoba, en el silencio y la soledad, parece soñar gravemente en Abderramán, en el Gran Capitán y en todos sus desvanecidos esplendores, faros brillantes en la noche del pasado, del que no conserva más que la ceniza» (26).

Bertaut, en 1659, dice: «Es una ciudad muy grande, donde hay gran cantidad de artesanos y de mercaderes» (27). Cosme de Médicis, en 1668, «la estrechez de las calles» (28). Jouvin, en 1672, «la mayor parte de las calles de Córdoba son rectas, anchas y muy agradables, porque están distinguidas con hermosas plazas y grandes mercados» (29). El Mayor Dalrymple, en 1774, «calles estrechas e irregulares» (30); «las gentes de calidad viven en la

(18) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Mayor W. Dalrymple, t. III, p. 653.

(19) Manuel Granell y Antonio Dorta: *Antología de diarios íntimos*. George Ticknor, Labor, 1963, p. 320.

(20) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. F. Bertaut, t. II, p. 613.

(21) José García Mercadal: *Viajes por España*. Muley Ismael, Alianza, p. 207.

(22) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. J. F. Peyron, t. III, p. 812.

(23) Richard Ford: *op. cit.*, p. 310.

(24) Richard Ford: *op. cit.*, p. 13.

(25) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Francisco Guicciardini, t. I, p. 614.

(26) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Théophile Gautier, p. 152.

(27) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Francisco Bertaut, t. II, p. 610.

(28) Antonio Guzmán Reina: *art. cit.*, p. 128.

(29) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. A. Jouvin, t. II, p. 821.

(30) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. M. W. Dalrymple, t. III, p. 651.

planta baja durante el verano y en los pisos superiores durante el invierno» (31). Gautier, en 1830, «las revueltas de las callejuelas» (32). Todos los elogios son para la Plaza Mayor, centro de la vida local: «es magnífica por su extensión, la altura y la regularidad de las casas que la rodean» (33); «todas las cuales tienen pórticos agradables y cómodos» (34); «allí es donde se celebran las corridas de toros los días de ceremonia» (35) y «están establecidos los más ricos mercaderes de la ciudad» (36). Su semejanza con la Plaza Mayor de Madrid, se hace manifiesta.

La mezquita-catedral es el otro gran foco.

Las casas merecen mayores alabanzas, salvo de Cosme de Médicis, comprensible viniendo de Florencia. Se observa que las casas, «casi todas están hechas de piedra que encierran, a la manera de los moros, un patio cuadrado. En los calores evitan con cuidado el sol y hasta la luz de sus habitaciones, lo que las hace frescas y agradables» (37). Su magnífico casino merece un encendido elogio (38).

Sus calles impresionan a todos. Es un canto a sus características peculiares: «Córdoba en el silencio y la soledad» (39); «oscuras y casi desiertas [...] el silencio de la muerte parecía envolver no sólo la casa, sino la calle entera» (40). Expresiones que nos hacen recordar a García Lorca, «Córdoba callada y sola»; a Antonio Machado, «romana y mora, Córdoba callada». Resulta evidente su tradicional silencio.

Edmundo de Amicis, en 1873, con sensibilidad meridional, ve nuestras calles de otra forma: «pasar por estas calles vacías para gozar de la noche de Córdoba» (41).

El receso de su comercio es signo claro de su decadencia. Bertaut, en 1659, califica la ciudad como «muy grande, donde hay gran cantidad de artesanos y de mercaderes» (42). Y posteriormente Cosme de Médicis, en 1668, recuerda que «eran famosos los cueros de aparar estancias hechos en Córdoba. Famosas además del oro que se bate en esta ciudad, son las aguas de flores tratadas con ámbar, por lo que han conseguido el nombre de aguas de Córdoba» (43).

El Barón de Bourgoing, en 1777, observa que «famosa antaño por sus sedas, sus paños finos etc., se redujo su industria a fabricar cintas, galón para sombreros y bayetas» (44).

(31) *Ibidem*, t. III, p. 651.

(32) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Théophile Gautier, p. 152.

(33) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. J. F. Peyron, t. III, p. 814.

(34) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. E. F. Lantier, t. III, p. 1.275.

(35) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. J. F. Peyron, t. III, p. 814.

(36) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Jouvin, t. II, p. 820.

(37) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. M. W. Dalrymple, t. III, p. 651.

(38) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Edmundo de Amicis, p. 219.

(39) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Théophile Gautier, p. 152.

(40) George Borrow; *La Biblia en España*, Cid, p. 189.

(41) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Edmundo de Amicis, p. 218.

(42) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. F. Bertaut, t. II, p. 610.

(43) Antonio Guzmán Reina: *art. cit.*, pp. 31-32.

(44) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Barón de Bourgoing, pp. 1.031-1.032.

En 1846, Richard Ford da un dato estremecedor: «la principal industria consiste en recipientes para aceitunas en salmuera» (45). No obstante, también menciona la platería cordobesa que trabaja en estilo «cincelado de filigrana. Juan Ruiz, el Vandalino, es el Cellini de Córdoba» (46). Termina diciendo «Córdoba ahora está muriendo de atrofía; no tiene armas ni hombres, ni cueros, ni tejidos: el primer golpe se lo asentaron los bárbaros bereberes, y el último los franceses» (47).

El número de habitantes entre los siglos XVII al XIX se cifra en 35.000.

La mezquita-catedral

La referencia más antigua en estas fuentes la encontramos en Nicolás de Popielovo, que debió de estar en Córdoba en el último cuarto del siglo XV. Su descripción es muy sucinta, pero proporciona un dato de gran valor: «Allí encontré una inmensa iglesia, con 500 columnas a su alrededor y separadamente dispuestas, pero sin puertas» (48).

Monseñor Camilo Borghese, nuncio de S.S. el Papa Clemente VIII, en 1594, se preocupa más de razones de estado e itinerarios que de obras religiosas o profanas. Se limita a recomendar ver «la yglesia mayor» (49).

Bertaut y Jouvin, que nos visitan en 1659 y 1672 respectivamente, además de las alabanzas al edificio —que ya van a ser constantes en todos los autores— aportan noticias útiles. El primero, mantiene la creencia de estar construida la mezquita sobre lo que fuera «un templo dedicado a Jano» (50). Creencia por otra parte que ha llegado a nuestros días y ya definitivamente superada. El segundo nos deja la siguiente constancia: «Los órganos, los asientos de los canónigos en el coro son notables, la misa la cantan allí toda con música», y además describe la existencia de «un candelabro de plata de varios brazos entremezclados con angelitos, cuyo trabajo es estimado tanto como la materia que los compone» (51). Su desaparición parece estar relacionada con el expolio napoleónico llevado a cabo por el general Dupont.

En 1690 lo hace el embajador marroquí Muley Ismael. Dice así: «Su mihrab ha quedado como estaba, sin cambio; nada hay allí cambiado como construcción por los cristianos, a no ser que ha establecido encima una verja de cobre y delante han colocado una cruz. Nadie penetra en él, salvo los que están encargados del cuidado de esa cruz [...]; alrededor del patio están plantados 117 naranjos» (52).

Al *Diario del viaje* del príncipe Cosme de Médicis, efectuado en 1668, así como al del marqués Filipo Corsini, que fue uno de sus acompañantes, de-

(45) Richard Ford: *op. cit.*, p. 316.

(46) Richard Ford: *op. cit.*, p. 306.

(47) Richard Ford: *op. cit.*, p. 317.

(48) Viajes de extranjeros por España y Portugal. Nicolás de Popielovo, t. I, p. 321.

(49) Viajes de extranjeros por España y Portugal. Monseñor Camilo Borghese, t. I, p. 1.483.

(50) Viajes de extranjeros por España y Portugal. F. Bertaut, t. II, p. 611.

(51) Viajes de extranjeros por España y Portugal. A. Jouvin, t. II, p. 821.

(52) Viajes por España. Muley Ismael, p. 205.

bemos los siguientes datos: La excelente conservación de su «artesonado de madera tallada y muy grueso que aseguran es de cedro».

El mihrab, sin mencionarlo, lo describe así: «A la cabeza de una de las naves queda una capilla, en la que se entra por un costado y está dividida en dos cuadros. El segundo está cubierto por una cúpula toda adornada con mosaicos con incrustaciones árabes de los mismos mosaicos de oro en la cornisa. Entrando en ésta, a mano derecha, se encuentra la puerta de una tribuna cubierta por una concha de piedra toda de una pieza (dicen), que le sirve de cúpula, bajo la cual tenían guardado el Corán. Toda esta caja, como igualmente las caras de la capilla, están incrustadas de una piedra similar al travertino, y tallada en follaje, pero de malísima manera [...]. Se ve en medio colgada una cadena donde estaba, pendiente en el aire, una cajita que era adorada por ellos, suponiéndose que allí se encontrase una parte del cuerpo de Mahoma». «En una columna de las antiguas se ve un crucifijo burdamente silueteado en el mármol, que dicen ser obra hecha por la uña de un esclavo cristiano, que por esto fue estrangulado por los moros» (53). Es la referencia más antigua que conocemos de esta tradición del cautivo cristiano con estas fuentes.

El más temprano de nuestros visitantes en el siglo XVIII es un autor anónimo francés que lo hace en 1700. Le impresiona el conjunto de forma tal que dice «cuesta trabajo descubrir lo que es [...]. Al jardín patio le da una extensión «de cerca de tres fanegas en cuadro plantado de muy hermosos y grandes naranjos, que forman bellas avenidas, como hacen nuestros olmos en Francia» (54).

Para Lantier, que nos visita en indeterminado año de este siglo, «cuatro mil setecientas lámparas alumbraban noche y día esa mezquita y consumían por año cerca de veinte mil libras de aceite. Quemaban también sesenta libras de madera de áloes y otras tantas de ámbar gris para los perfumes» (55).

Peyron, en 1772, dice: «Pero tal como está nada igualaría su magnificencia, si su altura respondiese a su extensión» [...]; «se entra en ella por diecisiete puertas, todas ellas cubiertas de arabescos y de otros adornos de escultura en bronce; la bóveda está sostenida por más de trescientas sesenta columnas de alabastro, de jaspe y de mármol negro de un pie y medio de diámetro y de treinta pies de elevación». Hace también mención al crucifijo grabado en la columna, pero añade: «Ese milagro es repetido dos veces en la misma iglesia». Y termina con otro dato para nosotros desconocido: «Esa catedral recibe la luz por muchas cupulillas, en lo alto de la cuales se ven los colmillos de los elefantes que fueron empleados en llevar los materiales de que la mezquita fue construida» (56).

El barón de Bourgoing, en 1777, dice que «tiene veintinueve naves a lo largo y diecinueve a lo ancho, sostenidas por más de mil columnas, comprendidas las cien que forman el recinto interior de la cúpula. La vista abar-

(53) Antonio Guzmán Reina: *art. cit.*, pp. 110-111.

(54) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Anónimo, t. III, p. 97.

(55) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. E. F. Lantier, t. III, p. 1.274.

(56) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. J. F. Peyron, t. III, pp. 812-813.

ca, más con sorpresa que con deleite, un bosque de columnas quizá sin igual en el mundo» (57).

Finalizan las visitas de este siglo con Townsend en 1786. Para él «sus numerosas columnas, dispuestas al tresbolillo, se parecen a un bosque de árboles jóvenes y son, me dicen, en número de ochocientas; pero no tuve tiempo de contarlas y habría podido creer que había más» (58).

Siglo XIX. Tres escritores excepcionales nos visitan. En 1841, George Borrow, quien califica a la «Catedral donde quiera famosa [...], único edificio notable de Córdoba [...], es acaso el templo más extraordinario del mundo [...]. Tal como hoy está el templo parece pertenecer en parte a Mahoma y en parte al Nazareno [...] y finalmente lo califica como muy adecuado para suscitar el respeto y la veneración en el ánimo del visitante» (59).

Richard Ford, en 1845, destaca «los inoportunos mendigos molestan al extranjero y destruyen la ilusión», se considera incapaz de describir el interior y apoyándose en escritores árabes, da al templo un número de «mil doscientas columnas, ahora reducidas a unas ochocientas cincuenta y quatro, que sostenían antes el techo bajo, ciento quince proceden de Nismes y Narbona, en Francia; sesenta de Sevilla y Tarragona, en España; mientras que ciento cincuenta fueron donadas por Leo, emperador de Constantinopla, y el resto fueron arrebatadas a los templos de Cartago y otras ciudades de Africa». «Los gastos del edificio fueron sufragados enteramente con botín tomado a los cristianos, y, según autoridades árabes, la tierra para los cimientos fue traída de Galicia y Francia a hombros de cautivos». Recomendada se observen «los curiosos leones, como los de la Alhambra y también los azulejos y el estuco con arabescos, en otros tiempos pintados de azul, rojo y dorado». Del mihrab dice: «éntrese en la capilla que es un octógono de quince pies; el tejado, hecho en forma de concha, está ejecutado con una sola pieza de mármol. El peregrino daba la vuelta siete veces a esta Ceca, como se hacía en la Mecca, razón de que el pavimento se encuentre tan gastado». Refiere la tosca cruz hecha por la uña de un cautivo (60).

Edmundo de Amicis, en 1873, es posiblemente el escritor viajero cuya sensibilidad le hace ver y vivir una Córdoba acaso poco sentida aún por los que la vivimos.

Imagina tras la fama de la mezquita «a los fieles de las más remotas regiones de Asia caer de rodillas —en expresión más literaria que real— en el mihrab maravilloso de su mezquita al resplandor de las mil lámparas en bronce fundidas con el de las campanas de las catedrales de España» (61).

Ve la Mezquita «como una fortaleza», y en el muro que la rodea, «una pared almenada en la que se abría antiguamente veinte grandes puertas de bronce festoneadas de bellísimos arabescos» [...]. «Imaginaos un bosque —dice— y suponed que estáis en su corazón, no viendo otra cosa que troncos

(57) *Viajes de extranjeros por España y Portugal. Barón de Bourgoing*, t. III, p. 1.031.

(58) *Viajes de extranjeros por España y Portugal. José Townsend*, t. III, pp. 1.527-1.528.

(59) George Borrow: *op. cit.*, pp. 195-196.

(60) Richard Ford: *op. cit.*, pp. 311-314.

(61) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX. Edmundo de Amicis*, p. 212.

de árboles. Lo mismo sucede en la mezquita, porque la vista se pierde tras las columnas en todas la direcciones. Es un bosque de mármol al que no se le ve el fin» (62).

Vida religiosa

Proporcionan datos interesantes los escritos correspondientes al período comprendido entre los siglos XVIII y XIX. «El número de parroquias oscila entre 13 y 15, asignándose a los conventos un mínimo de 10 y multitud de establecimientos piadosos, y un máximo de 42, situados, 16 dentro del recinto de sus muros, 7 fuera de ellos y 19 de monjas. Se califica a la ciudad de sumamente servil y levítica» (63) y (64).

Al convento de San Agustín se le menciona «como el más hermoso, cuyas tallas de madera son muy hermosas y ricas; los claustros son muy bonitos» (65).

Jacob William, en 1818, nos describe así una piadosa costumbre: «El tañido de una campana anuncia la cercana hora del crepúsculo. A esta señal, llamada oración, todo el mundo queda clavado en su sitio como por arte de magia, todas las cabezas se destocan y toda la muchedumbre repite mentalmente, o se supone que repite, una jaculatoria. Después de unos pocos minutos, dedicados a esta ceremonia, se reanuda la animada escena y la charla continúa en el punto en que la sorprendió tan pía interrupción» (66). Costumbre no perdida del todo en nuestros días: Es el toque de oración en nuestro ejército.

A las Ermitas «nunca le faltaron inquilinos de los más altos y bravos». Según Richard Ford, en 1845: «porque en el temperamento ibérico, como en el oriental, inedia et labor, o sea, acción violenta y reposo, son cosa congénita» (67).

Como tradiciones hoy posiblemente olvidadas, cabe señalar la que nos refiere Nicolás de Popielovo, siglo XV: «Tanto en la ciudad como también en todo el territorio de Lozia (Andalucía) no se tocan las campanas como en Alemania, Francia y otros países, en memoria de haber perdido allí los cristianos el reino de Granada; se dan golpes de martillos sobre las campanas, como se suele tocar a fuego en Alemania y no se tocará del modo ordinario, es decir, a vuelo, hasta la reconquista de dicho reino a los moros» (68).

Madame D'Aulnoy, en 1679, nos narra cómo en un convento de frailes predicadores había «una campana que no dejaba de tocar cuantas veces debía morir un religioso, y de este modo se sabía la cosa con un día de anticipación» (69).

(62) *Ibidem*, p. 217.

(63) Richard Ford: *op. cit.*, p. 317.

(64) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Barón de Bourgoing, t. III, p. 1.031.

(65) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. F. Bertaut, t. II, p. 610.

(66) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Jacob William, p. 62.

(67) Richard Ford: *op. cit.*, p. 317.

(68) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Nicolás de Popielovo, t. I, p. 321.

(69) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. M. D'Aulnoy, t. II, p. 954.

Finalmente un autor anónimo, en 1700, cuenta cómo al llegar una noche que había una procesión, «Vieron allí multitud de hombres y mujeres que bailaban con las castañuelas delante de las imágenes» (70).

El carácter de los cordobeses

A Francisco Guicciardini, en 1512, no le causan buena impresión los cordobeses. De los españoles en general, opina que «el disimulo es propio de esta gente, en cuyo arte son muy grandes maestros todos los hombres y lo llevan a la perfección; su fama de astutos e ingeniosos [...] son ingenios púnicos aventajándose a todos, especialmente los andaluces y entre éstos los de Córdoba [...] y de este disimulo provienen sus ceremonias y gran hipocresía» (71).

Bertaut, en 1659, encuentra a Córdoba como la ciudad de España «donde los caballeros son más galantes y más amables» (72), gran cambio de apreciación en algo menos de siglo y medio.

Cosme de Médicis, en 1668, ve como infelicísima la situación de las cordobesas, «las cuales no hablan más que con sus hermanos y su marido y, por así decirlo, no ven otros hombres en este mundo, y siendo tan supersticioso el respeto que hacia ellos se le exige, que la mayor fineza que se puede tener con una dama es, cuando se tiene tiempo, rehuir el encuentro con su carroza, y no pudiendo rehuirla volverse cuando pasa hacia el otro lado para no obligarla con el saludo a devolverlo [...]» (73).

Un escritor anónimo, en 1700, dice que la gente es «muy agradable y se ven por la ciudad bastantes carrozas» (74).

Otro anónimo visitante, en 1765, opina que «la sangre no es bella en Andalucía. Los hombres son morenos, pequeños y bastante mal hechos. Son coléricos, trapaceros, embusteros, perezosos. En general tienen ingenio. La mujeres son graciosas, sin ser guapas, y muy coquetas. Los andaluces son excelentes jinetes y diestros en todos los ejercicios» (75).

Laborde, en 1809, «los andaluces hablan mucho y, sobre todo, de sí mismo, de su mérito, de sus riquezas, de los objetos preciosos o agradables que poseen. Tienen una jactancia natural [...]». Estas cualidades no son, sin embargo, igualmente marcadas en todos los lugares de Andalucía: son llevadas a su más alto grado en el reino de Sevilla y mucho más todavía en las proximidades del mar que en las tierras del interior; son bastante fuertes, aunque menos notables, en el reino de Granada, y se debilitan mucho a medida que se penetra en los reinos de Córdoba y Jaén. Las mujeres son tan seductoras como repugnantes pueden ser los majos» (76).

Ticknor, en 1818, recuerda así su visita a Córdoba: «Las tardes las pasé

(70) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Anónimo, t. III, p. 96.

(71) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. F. Guicciardini, t. I, p. 614.

(72) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. F. Bertaut, t. II, p. 613.

(73) Antonio Guzmán Reina: *art. cit.*, p. 130.

(74) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. Anónimo, t. III, p. 97.

(75) *Ibidem*, t. III, p. 526.

(76) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Laborde, p. 53.

en casa del marqués de Villaseca, el hombre más rico de Córdoba y la casa más agradable de aquí, según me dijeron en Madrid. Poca gente va a ella, pero la que va lo hace familiarmente e íntimamente, y, al menos para mí, la sociedad fue interesante y divertida. El marqués es un hombre joven, con noventa mil dólares de renta anual, franco, atento, amable, hospitalario e ignorante; con una casa llena de criados antiguos, cuyos antepasados han estado con su familia —como es costumbre aquí— desde incontables generaciones, y que, por consiguiente, lo tratan con gran respeto, desde luego, pero con una familiaridad todavía mayor.

El duque de Rivas es un verdadero noble andaluz, al que le gustan la caza y los caballos, se complace en vivir entre sus vasallos y en fomentar la buena agricultura: ¡es un valiente y afortunado soldado y un diestro picador! Tiene un bello aspecto, una cara hermosa, llena de genio; ha escrito varias obras que han sido bien acogidas en los teatros españoles, ha pintado un gran cuadro que hizo mucho ruido en la última exposición de Madrid; es tan valiente como César, puesto que tiene en el cuerpo doce heridas graves recibidas de los franceses, y, a pesar de todo esto, es muy modesto, sencillo y elegante en sus maneras y un andaluz puro por la alegría de su carácter, su habilidad como jinete, su afición a las corridas de toros y su destreza como picador.

En verdad, pasé las tardes muy felizmente con ellos. Las diversiones eran bailar, cantar, etc., y la noche antes de irme, bailaron sus danzas nacionales con los trajes típicos, para satisfacer mi curiosidad, de suerte que me quedé hasta el amanecer, lo mismo que si hubiera sido un andaluz» (77).

Era en aquella fecha el marqués de Villaseca, don Fernando Rafael de Cabrera y Saavedra, conde de Villanueva de Cárdenas, de la Jarosa, de Castilleja de Talhara, de Fuentes de Rosa y de la Mota de Trejo, señor de la Villa de Belmonte, Moratalla, Salares, Algarrobo, Benescalera, Alcaucín, Herrera de los Palacios y de los Zaurdones, Añora del Cojo, Montalbo, Villarviejo, la Vega y otras; Adelantado mayor de Canarias, señor de las haciendas de los Rinapes y de los Príncipes de Asculi en Realejo de Abajo, Valle de la Orotava, Tenerife, Veinticuatro del nobilísimo Ayuntamiento de esta Ciudad y Teniente Coronel Comandante del Escuadrón de Voluntarios Realistas de ella» (78).

La casa a que hace referencia es el actual palacio-museo de Viana. Washington Irving, en 1832, nos ve así: «Los hombres, aunque sean pobres, disfrutaban de una señorial abundancia de tiempo libre. Parecen considerar que el atributo del verdadero caballero no es apresurarse nunca, pero los andaluces son alegres además de calmosos y no sufren ninguna de las tachas que suelen acompañar a la holgazanería» (79).

Borrow, en 1841: «A un español podéis sacarle hasta el último cuarto con tal que le otorguéis el título de caballero y de hombre rico, pues la leva-

(77) George Ticknor: *op. cit.*, pp. 320-321.

(78) Partidas de bautismo y matrimonio de los archivos parroquiales de las iglesias de Santa Marina y Santiago. Planos del palacio-museo de Viana.

(79) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Washington Irving, p. 104.

dura antigua es tan fuerte en él como en los tiempos de Felipe el hermoso; pero guardaos de insinuar que le tenéis por pobre o que su sangre es inferior a la vuestra». Pone en boca de un supuesto personaje: «Si soy un bestia, un bárbaro y, además, un pordiosero, lo siento mucho; pero como eso no tiene remedio, voy a gastarme esas cuatro fanegas de cebada, que había reservado para aliviar la miseria del Santo Padre, en una corrida de toros y otras diversiones convenientes para la reina, mi mujer, y para los príncipes, mis hijos. ¿Yo un mendigo? ¡Carajo! El agua de mi pueblo es mejor que el vino de Roma» (80).

Richard Ford, en 1845: «Desde los períodos más remotos de la historia los andaluces han sido más estimados por sus cualidades sociales e intelectuales que por las prácticas e industriales» (81).

«La educación de un caballero se entiende para ellos que se refiere a los modales y a la conducta más bien que al leer, el escribir y la aritmética: ineducado significa para ellos que no tiene maneras, no que no tenga letras» (90). «Andalucía, la patria de la afición, es cuna de los más eminentes sabios que en las otras regiones se hacen figuras, modelos, ejemplos, y se ganan el aplauso, la envidia y la admiración de sus compatriotas» (82). La Bética, además de sangre, ha tenido siempre fama por sus cerebros; el genio y la imaginación de sus hijos asombró a la Roma clásica.

El vestido de los cordobeses y cordobesas

Nos limitamos a transcribir los siguientes autores, por constituir un resumen de los restantes:

Cosme de Médicis, en 1668: «Todo el camino, desde una legua antes de Córdoba se encontró lleno de gente a un lado y a otro, estando hombres y mujeres sin orden. Estas, todas tapadas, se veían en gran número, acompañando uniformemente a S. A. con claras y manifiestas aclamaciones» (83). «Las damas que se atavían de blanco y rojo con bullones grandísimos en la mangas y pendientes que parecen pirámides [...]» (89).

E. F. Lantier, en el siglo XVIII: «Encontramos en las calles frailes de todos los colores, capuchinos de luenga barba, mujeres, matronas, cubiertas con sus mantones, hombres envueltos en sus capas y cubiertos por un vasto sombrero de alas bajadas, marchando con un paso grave y mesurado; encontramos también lindas mujeres ágiles y graciosas, adornada la cabeza con un velo blanco y dispuesto con tanto gusto que la belleza de su rostro y el fuego de sus ojos brillaban con un brillo menos vivo, pero más suave; de ese modo, cuando un rayo de sol atraviesa la oscuridad de una nube, el brillo de ese rayo suavizado halaga más nuestros ojos y nos parece más alegre y más

(80) George Borrow: *op. cit.*, p. 27.

(81) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Richard Ford, p. 113.

(90) Richard Ford: *op. cit.*, p. 24.

(82) *Ibidem*, p. 114.

(83) Antonio Guzmán Reina: *art. cit.*, p. 108.

(89) Antonio Guzmán Reina: *art. cit.*, p. 130.

tierno. La alegría, la sonrisa, la blandura del continente de esas jóvenes bellezas, contrastaba singularmente con la gravedad de las matronas» (84).

Jacob William, en 1818: «El traje de paseo de las mujeres, desde la duquesa a la criada, es completamente negro. Esto les da una apariencia de igualdad y hace difícil de distinguir la clase a la que cada cual pertenece» (85).

Richard Ford, en 1846: «El color negro ha sido siempre el favorito, el color nacional (Estrabón) [...] el hecho es que su color es negro y que éste era también el color de la corte de Felipe II.

Ha seguido siendo el color del ceremonial y era el único con que se permitía a las mujeres entrar en las iglesias. Por ser también el de las profesiones eruditas, a los españoles les hace parecer más graves, según decía Carlos V, de lo que realmente son.

El predominio de las capas y velos negros en la Alameda y en la iglesia da al forastero recién llegado la idea de una población de monjas y clérigos. Por lo que a las mujeres se refiere, este vestido les favorece tanto que lo difícil es precisamente aparecer feas con él puesto, y de aquí que, a pesar de la monotonía, quedemos contentos con una uniformidad que sienta bien a todas por igual [...] y sin embargo, tal es la tiranía de la moda, que estas mujeres están dispuestas a arriesgar la sustancia por la apariencia, y a luchar por convertirse en meras copias de segunda calidad en lugar de seguir siendo inimitables originales.

La mantilla es el tocado femenino aborigen de Iberia. Los españoles, como pueblo, visten muy bien. Un auténtico español viste bien, y lo sabe, pero no se pasa la vida pensando en su chaqueta, ni se deja deslumbrar por su propia elegancia en el vestir.

Los elegantes andaluces se llamaban paquetes, porque solían importar las últimas y más correctas modas de Inglaterra por barco (paquebote). Ahora los españoles buscan modelos en nosotros, mientras que nuestros antepasados pensaban que nada podía equipararse al

«Refinado viajero de España
de todas las nuevas modas dominador...».

Los caballeros con sus capas se mezclan con las damas tocadas con sus mantillas, y el valenciano de faldellín blanco contrasta con el andaluz, reluciente de veludillo; el sacerdote vestido de negro contrasta con el soldado, el campesino con el mulero, y todos se dan cita en condiciones de perfecta igualdad, como en la iglesia, y todos se conducen con el mismo decoro, buenas maneras y buen talante.

No hay sacrificio que los españoles de todas las clases de ambos sexos no acepten con gusto con tal de adquirir una apariencia respetable [...] porque «las sedas y los satenes apagan los fuegos de la cocina».

La andaluza, en su mirar y en su andar, aprende, aunque sin darse cuen-

(84) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. E. F. Lantier, t. III, p. 1.278.

(85) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. J. William, p. 60.

ta de ello, de la gacela, y sus movimientos muestran lo puro de su raza y lo alto de su casta» (86).

Edmundo de Amicis, en 1873, nos proporciona en su relato valiosas observaciones: «Caminando hacia el centro de la ciudad vi las primeras andaluzas, señoras y señoritas, gente del pueblo. Casi todas eran pequeñas, delgadas, bien formadas. Algunas eran hermosas; muchas, simpáticas; y la mayor parte, ni carne ni pescado como en todos los países. No tenían en el vestido ninguna diferencia con nuestras mujeres o con las francesas, si exceptuamos la mantilla. Se veía gran cantidad de postizos en el peinado formando trenzas, moños o tirabuzones; las faldas eran estrechas con pliegues o volantes y los zapatos con tacones afilados como puñales. El antiguo vestido andaluz ha desaparecido de la ciudad» (93).

Cosas curiosas y costumbres cordobesas

Del *Diario* de Cosme de Médicis, en 1668, hemos seleccionado estos interesantes pormenores: El Corregidor don Cristóbal Muñoz y Escobar –y Justicia Mayor de Córdoba– «vino al encuentro de S. A. con siete carrozas de a seis llenas de nobles hasta más allá de la mitad del camino [...]. En el camino se encontraron otros troncos de seis y de a cuatro, los cuales, después de detenerse al paso de S. A. seguían adelante y, volviéndose, se incorporaban a la fila, por lo que en la puerta de la ciudad llevaba S. A. detrás catorce carrozas, la mayor parte de a seis. Se alojó en el convento de los Padres Franciscanos [...] atravesando una estrechísima muchedumbre de hombres y mujeres llevados allí por la curiosidad, a los que apenas bastaban las fuerzas de cien frailes para contenerlos [...]. Sobre la hora de la cena mandó el dicho Definidor algunos platos de frutas y confituras y don Bartolomé Moneglia, Caballero del Hábito de Calatrava, Hijodalgo notorio, avencidado en la collación de San Miguel, una gran bacía de lenguados y una vasija llena de vino generoso. Fue ordenado al Sr. Corregidor por la Reina y su Ministerio que a la llegada de Su Alteza, quedase preparada la fiesta de toros y de cañas y ya estaba acomodado un gran teatro de madera en la Plaza Mayor con las escalinatas capaces para dos mil personas holgadamente. Fue igualmente hecho saber a S. A. que estaba preparada una fiesta de toros para el día 10 ó 12, según plugiera ya que el 11 por caer en martes, es reputado con supersticiosa costumbre como de infaustísimo augurio, tanto en esto como en muchas otras cosas en toda España.

Durante la fiesta –corrida– eran llevadas a S. A. y sucesivamente a sus gentiles hombres y a los señores de la ciudad, bacías de confituras delicadísimas con agua fresca y chocolate en grandísima cantidad. Esta misma tarde se envió como regalo al Serenísimo Príncipe dos cantaritos de agua de Córdoba que en Córdoba fabrican las aguas odoríferas con almizcle, ámbar, algalia, espliego, buen día y similares, destilado con agua de rosas, repitiendo las destilaciones hasta que se hace pastosa y golosinas comestibles.

(86) Richard Ford: *op. cit.*, pp. 110-111, 121-123 y 141.

(93) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. Edmundo de Amicis, p. 218.

La nobleza es de la más selecta de Andalucía y, consiguientemente, de España [...]; existen capitales de diez a veinte mil ducados de renta, pero gastan más de lo que tienen.

Para los gastos de dulce de nieve con que se ha de asistir al Príncipe se libran 100 ducados de cumplimiento a dos mil reales para los demás que se ofrecieren.

El príncipe florentino fue invitado a visitar el cortijo de Cariñena a cinco leguas de Córdoba, donde vio arar con bueyes rojos, pero con diez, doce y hasta dieciocho parejas de éstos, distantes uno de otro la distancia de un surco, procedimiento muy expeditivo para labrar las tierras. Este cortijo, propiedad del marqués de Cabriñana, tenía al cuidado de los trabajos un esclavo turco «haciendo su escritura en lengua española, pero escrita en caracteres turcos» (87).

El mayor W. Dalrymple, en 1774, nos refiere: «Puede haber en esa ciudad una docena de familias honradas, con un título de Castilla, lo que es una clase de nobleza distinguida; tienen desde veinticinco hasta ochenta mil libras de renta. La mayor parte de estas casas dan lo que en el país llaman tortillas (tertulias), es decir, reuniones. He visto una en casa de la condesa de Villanueva, que había perdido hacía poco un pariente cercano; la gente se presentó de luto; cada señora, al entrar, después de haber saludado a la condesa, da la vuelta a la reunión, toma la mano de todas las señoras, una después de la otra, murmurando en voz baja algunos cumplidos, de los que siempre tienen una gran provisión, y, por fin, se coloca. Cuando todos los asistentes se han reunido, entran los lacayos vestidos también de luto, trayendo vasos de agua helada y azucarados merengues; después, porciones de chocolate, dulces, pasteles y, al fin vasos de agua helada como conclusión. En éstas, la conversación rueda sobre la triste circunstancia, pues no hay juego; el tiempo transcurre en pequeños grupos de conversaciones aparte hasta cerca de las once, que todo el mundo se retira. Las señoras fueron a despedirse en el mismo orden que habían entrado.

He ido a pasearme a dos millas de aquí, a la casa de campo del obispo, que llama su jardín; era el marqués de Cabriñana quien allí me llevó [...]. A nuestro regreso, el postillón, antes de entrar en las puertas, soltó una de sus mulas, porque no podíamos entrar con un tiro de seis; es un privilegio que no pertenece más que al obispo» (91).

George Borrow, en 1841, nos proporciona el interesante dato de que Córdoba «apenas cuenta con una docena de familias gitanas; descubrí—dice— que vivían en mayor hermandad y que mantenían más puras las prácticas de sus antepasados» (92).

Por su belleza narrativa así como por los diversos elementos descriptivos, referentes a costumbres, arquitectura, urbanismo, etc., hacemos esta transcripción del texto de Edmundo de Amicis, 1873:

(87) Antonio Guzmán Reina: *art. cit.*, pp. 107-131.

(91) *Viajes de extranjeros por España y Portugal*. M. W. Dalrymple, t. III, pp. 651-652.

(92) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX*. G. Borrow, p. 126.

«Desciendo del tren, atravieso un jardín y miro a mi alrededor; [...] es medio día, el cielo se ve puro y corre un viento suave. Diviso dos casitas blancas a la entrada de la calle y camino hacia ellas. La calle es estrecha, las casas, pequeñas, como hotelitos que se elevaran sobre alturas artificiales de jardín. Casi todas son de una sola planta, con las ventanas a escasos centímetros del suelo, los techos que casi se tocan con el bastón y las paredes blanquísimas. La calle tiene una revuelta, miro, no veo a nadie, no siento un solo paso ni una sola voz y me digo: será una calle abandonada. Tomo otro camino: casitas blancas, ventanas cerradas, soledad, silencio. ¿Dónde estoy?, me pregunto. Sigo por la estrecha calle, tan estrecha que no cabe un coche de caballo, y llena de recovecos; a derecha e izquierda se ven otras calles desiertas, otras casas blancas, otras ventanas cerradas [...]. El blanco de las paredes es tan luminoso que me molesta y me obliga a caminar con los ojos casi cerrados, como si anduviera en medio de la nieve. Desemboco en una placita solitaria y con todas las puertas y ventanas cerradas [...]. Las palmeras de jardines interiores se alzan por encima de muchos tejados [...]. Todas las calles se parecen, las casas no tienen más que dos o cuatro ventanas y todas sin una mancha, sin un agujero, sin una grieta en las paredes, lisas y blancas como el papel de escribir [...]. ¡Un patio!. ¿Como se puede describir un patio? No es ni un claustro, ni un jardín, ni una sala, sino las tres cosas a la vez. Entre el patio y la calle hay un vestíbulo y en sus cuatro lados se alzan columnas gráciles que sostienen, a la altura del primer piso, una galería limitada por amplios cierres de cristales; por encima de la galería se extiende una lona que da sombra a todo el rectángulo. El vestíbulo está enlosado de mármol, la puerta flanqueada por columnas, coronada con bajorrelieves y cerrada por una elegante cancela de hierro de antiquísimo diseño. En el fondo del patio frente a la puerta, se eleva una estatua; en medio hay una fuente y, alrededor, sillas, mesas de trabajo, cuadros, jarrones de flores. Corro a otra puerta: otro patio con las paredes cubiertas de yedra y una corona de hornacinas con estatuillas, bustos, urnas. Me asomo a una tercera puerta: un patio con las paredes cubiertas de azulejos y, en medio, una palmera rodeada de flores. Hay una cuarta puerta: después del patio, otro vestíbulo y después de éste, un segundo patio en el que se ven otras estatuas, otras columnas, otras fuentes. Y todas estas salas y jardines están tan limpios que se podría pasar la mano por las paredes y por el suelo sin que dejaran mancha; y frescos, olorosos e inundados de una luz incierta que acrecienta la belleza y el misterio. [...] Temo encontrarme con una casa o desembocar en una calle que me recuerde las otras ciudades y rompa mis sueños. Pero no, el sueño permanece: todo es recortado, grácil, misterioso. Cada cien pasos, una placita desierta en la que me paro conteniendo la respiración de tanto en tanto, una encrucijada sin un alma —y siempre blanco, todo blanco— y ventanas cerradas, y silencio. Y a cada puerta un nuevo espectáculo: arcos, columnas, flores, arriates, palmeras; una variedad maravillosa de diseños, de colores, de luces, de perfumes; aquí de rosas, más allá de naranjos, finalmente, de violetas; y con el perfume, un soplo de aire fresco, y con el aire, el rumor de voces de mujer, y ruido de hojas, y canto de pája-

ros: una armonía variada y suave que, sin turbar el silencio de la calle, vibra en el oído como el eco de una música lejana. ¡No es un sueño! ¡Madrid, Italia, Europa, están a una gran distancia de aquí! ¡Aquí se vive otra vida, se respira el aire de otro mundo, estoy en Oriente!

Me recuerdo que, en un determinado momento, me paré en medio de la calle y, sin saber cómo, caí en la cuenta de estar triste e inquieto y de tener en mi corazón un vacío que no se llenaba ni con lo maravilloso ni con el placer. Sentía una necesidad irresistible de penetrar en aquellas casas y en aquellos jardines, de levantar, por así decirlo, el velo del misterio que envolvía la vida de la gente desconocida que habitaba aquellos lugares; de participar de aquella vida, de estrechar una mano, de fijar mis ojos en dos ojos piadosos y decir: Soy extranjero, estoy solo, yo también quiero ser feliz [...]» (88).

Finalizamos

Las crónicas de los viajeros que hemos estudiado demuestran que sus autores no vinieron a visitar Córdoba, vinieron a encontrar en ella la grandeza de un pasado que no podían concebir desaparecido.

Buscaban algo de la mítica Tartesos, de la patricia con Roma cuyos cerebros conquistaron la capital del mundo, de la santa y erudita con los godos, de la Atenas de Occidente con el Califato; de la tierra fecunda que no puede dejar de dar su fruto.

Nada es concebible para justificar su decadencia. Este es el reto de todos los tiempos para Córdoba.

Cuerpo Académico, Señoras y Señores, así hemos visto a los visitantes de ayer; así nos parece ver a los de hoy. Tratemos de ser partícipes en algo de lo que esperan encontrar en su visita. Córdoba nos lo agradecerá.

Muchas gracias.

ADDENDA

Finalizado el trabajo, nuestro compañero académico y entrañable amigo, don José Valverde Madrid, me facilita las siguientes fichas que por su excepcional valor transcribo:

Raimundo de Lantery: «Memorias». Mercader de Indias. Publicadas en Cádiz por Alvaro Picardo. 1673-1700, pág. 213 de esta edición. Cádiz, 1922, y pág. 234 de la segunda edición publicada por la Diputación gaditana con prólogo de Manuel Bustos. 1983.

«1687. Llegamos a Córdoba y fuimos a parar en una posada que hay en la Posada del Potro que llaman. Mi hijo no vino a verme por estar en el Co-

(88) *La Andalucía de los libros de viajes del siglo XIX. Edmundo de Amicis*, pp. 213-215.

legio de la Compañía aguardando a los convidados para entrar en el tema de sus conclusiones que aquella mañana había sido el primer acto y que aquella misma tarde era el último. Con que se empezó el acto con gran garbo por ser un niño «del codo a mano» todavía, que me dio gran consuelo de oírle. De todo el concurso no conocía más que al canónigo Don Jerónimo del Valle por haber sido canónigo en Cádiz, quien asistía como padrino del arcediano de Medina, Rabasquero, a quien mi hijo había dedicado dichas conclusiones. Así que acabó el acto todos vinieron a darme la enhorabuena. Me llevan al Colegio del Sr. don Antón López que llaman, de donde era colegial mi hijo [...] y tuve ocasión de conocer a Don Francisco Fernández Orbaneja, Rector de dicho Colegio, gran sujeto de Letras y al Presidente del Colegio, don Pedro José Jurado, clérigo muy honrado. Estuvimos dieciséis días en Córdoba en los cuales vimos cuanto había que ver, cármenes arrimados al norte de Sierra Morena, hacia aquel convento grandioso que hay de San Jerónimo. Lo que hay memorable en dicha ciudad es la Iglesia Mayor o Catedral, porque es una mezquita grande de los moros en el tiempo que ese reino era de ellos, así solamente en medio de ella le han hecho un crucero, que llaman ellos, cosa grande de gran arquitectura donde está el coro de los canónigos donde solamente él es tan grande como cualquier catedral de España excepto las de Sevilla y Santiago de Galicia de las que he visto, con ser así que no ocupan la cuarta parte de dicha iglesia, con pilares como tanto días tiene el año. Al salir de la puerta que mira al Oeste están las caballerizas del Rey. A su mano izquierda está el Tribunal de la Inquisición, muy decente y grande en una gran plaza que hay que viene a coger la Iglesia Mayor de frente, a su lado izquierdo el puente de Córdoba y entrando en ella, conque el río corre arrimado a los muros de dicha Inquisición [...] De esta ciudad solemnizan cuatro cosas ridículas: «En Córdoba; la Merced en el matadero, la caridad en el rollo, la misericordia en el potro y la [...] en la horca. Hay conventos muy decentes en particular San Diego de Alcalá, en cuyo convento se crio, vivió y murió y cuyo cuerpo tienen en él los Descalzos de San Francisco en el cual hay una huerta grandiosa y en ella una gruta muy grande hecha toda de canillas de punta de difuntos, sin haber otro hueso del cuerpo humano que, según mi cuenta, han enterrado en ese convento para hacer dicha gruta un millón de cuerpos muertos. También está el convento de la Merced Descalza. Córdoba, ciudad muy grande y distendida, pero las calles muy angostas a lo moro todavía, con plazas espaciosas, en particular la principal donde están los escribanos, cárceles y casa del Cabillo que había hecho el corregidor don Francisco Ronquillo, no acabada, y que iban a celebrar los Toros Reales por la llegada a Madrid de la Reina doña Luisa de Borbón.

«Los tres viajes de John Mac Donald». Por Alan Soons. «Un pequeño bicentenario». Archivo Hispalense. Número 183, Enero 1977. «Traves in various parts of Europe», Londres, 1790, página 182.

«Salimos de Posadas por la mañana para comer en la gran ciudad de Córdoba; pero antes fuimos a ver su hermosa Iglesia que tenía setecientas columnas de mármol. Luego pasamos a Adamuz [...]».